

te, y las demas á prision y á la argolla, por no tener catorce años cumplidos.

En 1794, diez y seis religiosas carmelitas de Compiègne fueron acusadas de haber escondido armas en su comunidad, de haber espuesto el santísimo sacramento debajo de un manto real; en prueba de la adhesion que tenían á la familia caída y de haber mantenido relaciones con los emigrados, y enviádoles dinero. Muchas de ellas eran jóvenes y hermosas, y mientras iban á morir entonaron el *Veni creator* y el *Te Deum laudamus*. Porfiaron á quien recibiria mas pronto la corona del martirio y subiria al cielo antes que las otras, pues el cadalso era para ellas el camino que debia conducir las al goce del tesoro de los bienes eternos. La superiora quiso morir la última para sostener hasta el fin con su presencia el valor y la constancia de las hermanas jóvenes (1).

La revolucion de Francia que por parte de los hombres produjo tanta debilidad, crueldad, traicion y cobardía, no inspiró en el otro sexo, ¡quien lo dijera! casi mas virtudes hospitalarias y consoladoras, valor, desprecio de la muerte y heróica resolucion! ¿y podrán citarse otros anales que de ello hayan transmitido ejemplos mas admirables?

En 20 de junio una turba de furibundos habia invadido el palacio de las Tullerías, y pedian gritando por la reina: Elisabeth de Francia presenta su pecho á los puñales, diciéndole, «aquí está!» En el momento de la ejecucion nada la ocupaba tanto como la descompostura de su pañoleta: «Cubridme, os lo pido en nombre del pudor, le dijo al verdugo!» No eran raras en esta familia las palabras sublimes. María Antonieta, cuando la acusaban en pleno tribunal de un crimen infame con su propio hijo, dió esta respuesta memorable: «A las madres apelos» Ambas princesas murieron con admirable magnanimidad.

Madama Clavière, esposa del ministro de hacienda, al saber que su marido que estaba preso se habia suicidado en la cárcel, arregló sus negocios con rara tranquilidad de al-

(1) Vide *Historia de las religiosas Carmelitas Sens*, 1836



EX Parcorisa, lit.

M^{MA} ELISABETH.

Publicado por Juan Oliveres, Baria.

ma, é inmolóse para ir á juntarse con él en otro mundo mejor.

Madama Lavergne (Victoria Regnier), de edad de veinte y ocho años, defendió á su esposo el comandante de Longwy ante el tribunal revolucionario; y cuando vió que eran inútiles sus esfuerzos, dió el grito fatal de « Viva el rey! » y logró ser con él condenada. Como era secsario y estaba moribundo, nada habia observado, y en el transito oyó que le llamaba esta muger celestial y abrió los ojos: « No te sobresaltes, le dijo con voz angelical, soy tu amiga que no pudiéra vivir sin tí, y te sigue. »

Madama Lavalette al saber que su marido está condenado á muerte, implora la gracia de morir con él; sáltale al cuello, estréchale en sus brazos, pero se lo arrancan, y á poco la desesperacion dió término á una vida que el verdugo habia desechado.

Madama Lefort obtuvo el permiso de entrar en la cárcel para dar el último adios á su esposo, y antes se puso dos vestidos de muger; vístese uno el marido, y escápase con este disfraz. Al dia siguiente el juez no encontró mas que á la heróica esposa, y exclamó. « ¿ Qué has hecho, infeliz? — Mi deber, haz tu el tuyo! » — Y lleváronla al suplicio.

La esposa del duque de Mouchy no bien vió que este estaba preso cuando se fué con él al Luxemburgo. Manifiéstale que en el acto de prision no se hace mencion de ella. — « Ya que mi marido está preso, tambien lo estoy yo. » Preséntale ante el tribunal revolucionario, y ella comparece allí al mismo tiempo que él. Dícenle que ella no está citada. — « Ya que mi marido lo está, tambien lo estoy yo. » — Condénanle á muerte, y ella se arroja al carro con él. — El verdugo le dice que ella no está condenada. — « Ya que mi marido lo está, tambien lo estoy yo. » — Acceden á sus deseos, y perecen los dos juntamente.

Recibe el tribunal una carta de una muger que desea la vuelta del rey. Mándala comparecer, y era una jóven hermosísima. Cuando hubo subido al cadalso, exclamó: « Aquí mismo y á esta misma hora ayer él feneció: estoy viendo su sangre, ven, verdugo, mezcla con ella la de su amante! »

La señorita de Maillé se hallaba presa en la cárcel de Sevres, y cuando fueron á llamar á la duquesa de Maillé su cuñada, presentóse ella en su lugar, y fué á morir por ella al cadalso.

Las señoritas Cazotte y Sombreuil, estos ángeles de las cárceles, lograron salvar la vida á sus padres. Véase la primera, pálida, descabellada, mas bella aun con su afliccion y su llanto, cual se arroja delante de las picas y los sables dirigidos contra el pecho y sobre las canas del venerable autor de sus días. Cae de rodillas, pide gracia, junta las manos, besa las de los carniceros, y consigue aplacarlos. La señorita Sombreuil no pudo lograr igual dicha sino con la condicion, segun se dijo, de beber un vaso de sangre, de cuyas resultas le quedó un movimiento convulsivo: encontróla madama de Rosambeau en el mismo acto que esta acompañaba al virtuoso Malesherbes, su padre, al patíbulo, y le dijo: «V. ha tenido la gloria de salvar á su padre, yo tengo el consuelo de morir con el mio.»

Madama de Boisranger estaba presa juntamente con su padre, su madre y su hermanita, y un día el mensajero de la muerte llama á los tres sin ella: «¡Como! ¿no moriremos juntos? exclamó desesperada; y suelta copioso llanto, y se arranca los cabellos. Llega en aquel instante otro mensajero para ella, y salta de alborozo, lanzándose á sus brazos: «¡Ah! ¡ya moriremos juntos!» dijo enseñando el auto que la concernía. Toma á su cargo los funestos preparativos, corta los cabellos á su madre y á su hermana, sosteniéndolas con su ánimo, y les ahorra una parte del horror que trae consigo el tránsito de la vida á la muerte.

Madama de Payssac ofreció un asilo á Rabault-Saint-Étienne, que estaba fuera de la ley; y por mas que este le patentizó la gravedad del peligro que corría, insistió ella y logró vencer su repugnancia. Descubriósele en su casa, y ella le siguió al suplicio con un valor digno de tan generosa hospitalidad.

¿Quién ignora el heroismo de madama Bouquet, parienta de Guadet? Habiéndole este pedido hospitalidad, contestóle: — «¡Venga V., y no tenga ningun temor! — El caso

es que tengo dos amigos... — Tráigalos V. tambien. — Y ellos están con otros dos... — Vengan Vds. los cinco!» Como era en tiempo de carestía, y no daban á cada uno mas que su porcion de víveres, partía con ellos los que recibía, y logró sostener milagrosamente su existencia cerca de un mes. Fué víctima de tan noble compasion y con igual valor fué á morir en compañía de sus malhadados huéspedes.

Un venerable anciano, estenuado de necesidad, se presenta en casa madama Ruvilly de Brest; es un eclesiástico sin refugio, á quien amenaza la muerte, y de quien todos se apartan, siendo blanco de mil denuncias. «Quedaos aquí, le dice ella. — Mas, si me descubren, está V. perdida! — Tengo esperanza de salvaros, quedaos, ¡yo os lo ruego!» No pudo guardarle mas que dos días, y fué inmolada por haber cedido al sentimiento de humanidad que al parecer se habia refugiado en el corazon de las mugeres.

En Lyon hubo una jóven que se negó á llevar la escapela. Citada ante el tribunal revolucionario, preguntante porque lo hacia: — «Me basta que vosotros la lleveis para que la tome como la señal de todos los crímenes.» — Un portero trata de ponérsela por fuerza, y ella se la arranca y la tira al suelo, sin embargo que con ello arrostraba la muerte.

Cayó enfermo un jóven preso, y confiáronle al cuidado de una hermana tambien jóven llamada Teresa; y si bien se restableció, no por esto quedaba salvado: mandóle ella llevar á la sala de diseccion, avínose con un médico, y proporcionóle vestidos con los cuales se evadió.

La doncella de madama Lépinay, esposa de un general de la Vendea, oye que llaman á su ama, que acababa de salir de su aposento, preséntase en su lugar, y va á perecer por ella en las aguas del rio Loire.

Tales fueron las mugeres en la revolucion de Francia: ninguna historia ha contribuido mas á ponerlas de manifiesto, ninguna ha esparcido sobre ellas una luz tan espléndida, ninguna ha abierto mas vasto campo á su carrera, ni presentádoles mas ancho teclado para hacer resonar de un extremo á otro todas las cuerdas de su organizacion. Nada se opuso á su juego ni entorpeció su accion; antes parece que adquirie-

ron un temple regenerador, cuyo fuego instantáneo vivificó mil gérmenes de amortiguadas virtudes, y produjo tales y tan innumerables actos de heroísmo, que ya les eran tan naturales como los hábitos diarios, y el más leve de los cuales hubiera bastado para inmortalizar á mugeres de otra época.

Los que hubiesen tomado por guía el proceder de las faan-cesas para calcular la potencia de acción, la palanca moral y el valor virtual de ese pueblo, á buen seguro que hubieran formado de él una idea muy elevada. Ciertamente pudiera decirse ¿qué nación es esa donde las mugeres de incomparable hermosura cobijan almas tan sublimes debajo de unos corpiños de avispa? las cuales no parecen nacidas sino para los retretes, los pelendengues y las intrigas, y á lo mejor saben abdicar los encantos de una vida llena de delicias é idolatría, para lanzarse con igual pasión en medio de los vaivenes y azares de una borrasca que amaga sumergirlas, y para arrostrar con sangre fría los horrores de la muerte, que jamás les causa debilidad ni temor? ¿Así hemos visto lo que hizo ese pueblo cuando era libre, ó bien cuando quiso entregar su amor á los soberanos! En todos tiempos él ha sido el instrumento de su propia gloria; siempre por él fueron grandes sus caudillos, jamás él lo fué por ellos. Tiempo fué ya de repudiar esas deplorables manías y absurdas deificaciones, que de un ente insignificante hacen en todo, y del todo no hacen caso. En las guerras de la revolución, por sí mismo y por sí solo fué invencible el pueblo francés, y sostuvo y repelió el embate de las armas de Europa, y si posteriormente con él se hicieron grandes cosas, fué á efectos del calor que aun conservaban las cenizas de aquel gran movimiento popular. En cuanto se trató de aventarlas y de substituir á ellas no sé que de especie de fetiche imperial que ya no era el pueblo, ese centro único donde habian de ir á parar todos los radios acabó por divergirlos y apagarlos. En cuanto salió un hombre y se puso en lugar del país, todos sintieron que la tierra se hundía debajo de sus pies, desapareció el espíritu vivificador que les habia hecho tan fuertes, y la amenaza que la revolución tan gloriosamente rechazara, ya dos veces se ha cumplido!

FIN.

MUGERES

DE QUIENES SE HACE MENCION EN LA PRESENTE OBRA.

- Mugeres entusiastas por Lafayette, páginas 3 y 11.
 Clubs de mugeres, 3, 340, 351 y siguientes, y 360 y siguientes.
 Carlota Corday, 4, 85 y siguientes, y 349.
 Madama Rolland, 5, 13, 14, 159, y siguientes, y 325.
 Mugeres de la Montaña, 5.
 Rosa Lacombe, 5, 16, 335 y siguientes.
 Reina-Audu, 5 y 16.
 La Madre Duchêne, 5.
 Las Calceteras, (*Tricoteuses*), 5, 368.
 Las Disciplinantes (*Flagelleuses*), 5, 269.
 Las Furias de Guillotina, 5, 365.
 Lucila Desmoulins, 6, 239 y siguientes.
 Madama Cabarrus, 6.
 Aspasia, 7, 368, 435 y siguientes.
 Sofia Lapierre, 7, 445 y siguientes.
 La muger Lambert, 7.
 Sofia Momoro, 6, 383.
 La señorita Maillard, 6, 371 y siguientes.
 La señorita Aubry, 6, 386.
 Catalina Theot, 6, 391 y siguientes.
 La señorita Lenormand, 6.
 Maria Antonieta, 10, 273, 459 y siguientes.
 Madama de Polignac, 10.
 Salon de Madama..... 11. (Nota.)
 Madama Necker, 12, 15, 65 y siguientes, y 371.
 Madama Helvetius, 12.
 Madama de Genlis, 12, 425.
 La marquesa de Condorcet, 12.
 Maria Williams, 12.
 Madama Simon Candeille, 12.
 Madama Moitte, 13.
 Romanas en el senado, 13.
 Las señoras! Vien, Lagrenée, Su-
 vée, Bertuer, Duvivier, Frago-
 nard, Vestrer, Peson, David,
 Verner, Dennaiteaux, Beauvalet,
 Corne-de-Cerf, Vestier menor,
 Gerard, Pithou, Vieffville, Hau-
 tems, 14.
 La señorita de la Lezardière, 15.
 Madama Villeneuve, 15.
 Madama Monnet, 15.
 Olimpia de Gouges, 15, 271 y si-
 guientes.
 La muger Lavarenne, 16, 338.
 Mugeres del 14 de julio, 16.
 Mugeres de 5 y 6 de octubre, 16,
 47 y siguientes, 336 y 340.
 Mugeres de Palacio, 10.
 Las Madres, 10.
 Las mugeres en las tertulias, 11
 y siguientes.
 Mugeres del ejército, 17 y siguien-
 tes.
 Libertad Barreau, 17.
 La heroína de Saint-Mithier, 18.
 Rosa Bouillon, 18.
 Genoveva Delaruelle, 18.
 Las señoritas Fernig (Teofila y
 Felicidad), 19 y 20.
 Mugeres de los Pirineos, 20.
 Madama de Moulin, 20.
 La muger Pochelat, 20.
 La muger Petit-Jean, 20.
 Rosa Marchant, 20.
 Elisa Quatre-Sols, 20.
 Claudina Rouget, 20.
 Las señoras de Aulnoy, 20.
 La húsara Barrière, 20.
 La hermana de Lescure, 20.
 La esposa del general Xaintrailles,
 20.
 Las mugeres de Lila, 20.
 Una señora francesa despues de la
 capitulación de Corfú, 21.